

## *Amores de Medianoche*



Nosotros éramos los siguientes, y a mí me temblaban las piernas. Me percaté de que estaba empapando de sudor el traje nuevo, menos mal que era negro, tan oscuro como lo pude encontrar. A pesar de que me apretaba un poco merecía la pena que no se viesen mis manchas de nerviosismo. Tampoco se trataba de la silla; era cómoda, acolchada en respaldo y asiento, a pesar de que me raspaba al secarme las manos sobre ella una y otra vez. Pero el problema no era ni la silla ni la ropa. El problema era yo, siempre era yo.

Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar el megáfono que tenía al lado chirriar, y cesé de pronto el rítmico golpeteo con el zapato en el suelo de mármol reluciente. Justo en frente de mí, una alfombra kilométrica de intenso rojo servía de pasarela para los invitados, que salían y entraban del auditorio con una gracia elegante. Los cócteles de lima y coñac parecían bailar entre los dedos anillados con gemas de colores azul celeste y blanco perla.

Unos hombres estaban creando música a la vuelta de la esquina. Eran ancianos con sus instrumentos de toda la vida, lo cual explicaba aquella sabiduría tan magnificada a la hora de hacer del viento y las cuerdas hermosos sonidos.

La música era buena, tanto que me hizo recordar cosas que no quería.

Olía a colonias y perfumes que por algún motivo sentaban bien juntos, como si los hubiesen escogido poniéndose de acuerdo para complementarlos.

La misma voz femenina de antes, insulsa y despiadada, se expandió por los pasillos con la delicadeza de un gorila realizando una operación quirúrgica. Aunque, bueno, si es como en la obra *Un Gorila Cirujano*, supongo que no estaría realizando una comparación acertada.

«En prosecución, el grupo sexto representará *Amores de Medianoche*», proclamó la voz por los altavoces. «Por favor, que los respectivos integrantes del grupo sexto accedan al proscenio para dar comienzo a la función».

Levanté mi trasero del asiento con cuidado de que no se escuchase cómo se despegaba. A continuación me marché por el pasillo, moviendo las piernas con firmeza y utilizando toda la energía y convicción que me otorgaba aquella melodía. Estaba todo tan bien iluminado con esas lámparas de mil y una piezas que colgaban del techo, que ni siquiera harían falta las enormes vidrieras a los lados para llenar de luz la estancia durante el día. Aunque en esa ocasión ya era casi medianoche, ahora solo faltaba el amor.

*Amores de Medianoche* era una obra simple, por lo que no me acababa de convencer que fuese la elegida. No obstante, tuve que reconocer que quizás encajaría bien con aquel público. Trataba de una adolescente, hija de un gran empresario de las altas esferas, la cual se acababa enamorando de un chico mayor que ella y de una familia corriente. El padre de la chica (a quién yo representaba) era de todo menos afable, alguien que no sonreía ni en el nacimiento de sus hijos, que no se reía ni aunque le hiciesen un truco de magia sorprendente o lo llevaran a ver una obra humorística. Él, cómo no, se interponía en la relación de los protagonistas, siendo la fuente de todos sus problemas a lo largo de la trama.

“Solo tengo que no reírme”, iba pensando por el camino hacia la sala de preparativos de la que el grupo de producción habría de estar saliendo ya, dejando paso al escenario a mis compañeros de actuación. Lo cierto era que me costaba no reírme durante los ensayos, sobre todo por lo absurda que llegaba a ser la obra en ciertas partes. Sin embargo, esta vez era seguro que no me iba a pasar. Cuando estoy encima del escenario de verdad, todas mis emociones son sustituidas por el pánico. No entra en mi mente el impulso de soltar una carcajada, ni aunque en medio de la obra irrumpiese un hombre en calzoncillos y se pusiese a bailar.

¿Por qué soy actor, entonces? Bueno, en realidad sí me gusta actuar, tanto que querría dedicar la vida a ello, sin hacer nada más que volverme una persona completamente ajena cada día. Pero, claro, actuar para mí mismo no me daba de comer. Además, solo era divertido si actuabas junto a alguien más. La idea de tener un público tan enorme me hacía sentir utilizado, como un mero producto.

Al final, terminé viéndome arrastrado por mis amigos a la escuela de actuación, y ahora estaba aquí porque me habían arrastrado nuevamente, a las pruebas anuales

para entrar en el mundo de la cinematografía. Casi todas las personas que había ahí estaban de una u otra forma relacionadas con el mundo del cine. Habría directores muy reconocidos entre el público, buscando jóvenes promesas para llevar a cabo sus más alocadas ideas.

Llegué ante la sala de preparación tras un bramido de coraje. El lugar se situaba pared con pared junto al auditorio. Se podía escuchar el murmullo emocionado del público al otro lado. Fui a girar el pomo, pero alguien se me adelantó desde dentro y me abrió la puerta con presura, dejándome con la postura de quien va a estrechar su mano con la de alguien. La diferencia era que en vez de aceptar mi mano, recibí una mirada de hito en hito, tan severa y fulminante que me hizo tragar saliva. Diana tenía unos ojos tan oscuros como la noche, los cuales envidiaba. Ojalá pudiese tener esos ojos, para ocul-tarme mejor, encogerme, no llamar la atención...

—Eras tú... —dijo ella como a punto de tirarse de los pelos. Llevaba un vestido no muy engorroso, pero sí elegante y moderno. Su cabello era largo y negro, pero en ese momento llevaba una peluca rubia muy realista. Ella era la hija del empresario en la obra.

—Sí, ¿qué sucede? —pregunté con preocupación—. Te dije que ya estaba por aquí, que vendría a reunirme con vosotros en cuanto sonara nuestra llamada. No llegué tarde, ¿verdad? —Una mala sensación me surgió del alma en cuanto vi a Diana chasquear la lengua con furia y mirar hacia otro lado. Mi confianza se hundió, me empezó a faltar el aire en el pecho.

—Los músicos no se han presentado —dijo Diana mascullando entre dientes. Estaba tan irritada que cerraba los puños con una fuerza casi animal, estirando al completo los brazos hacia el suelo, rígidos. Su expresión, con los dientes por fuera y los labios fruncidos, denotaba una ira incontenible. ¡Caramba! ¡Tal vez ella hubiese sido la actriz perfecta para representar el papel del gorila cirujano! Hacía unos años, estuve buscando a alguien idóneo para el puesto, pero no me acabó de convencer nadie del todo.

—¿¡Qué!? —solté con el impulso de quien sale del agua buscando aire tras superar su récord de tiempo sin respirar.

—Ni la pianista ni el violinista ni el violonchelista ni la arpista ni el percusionista ni... ¡Nadie! —Puede que Diana tuviese los ojos oscuros, pero podría jurar que las llamadas de su mirada me transmitieron un brillante calor infernal en ese momento.

Me mareé un poco. Demasiadas preguntas revoloteaban por mi cabeza. Aparté a Diana de la puerta y me adentré en unos valles formados entre montañas de ropa arrugada, desordenada. Había percheros tirados por el suelo, una cantidad ingente de vasos llenando la mesa, un banco de madera junto a una pared y, sentado sobre este, un chico de cabello castaño, con una mandíbula demasiado marcada que no encajaba con su rostro sensible de ojos llorosos.

—Oh, Paolo —me saludó, apartándose las lágrimas de la cara. Sonrió haciendo acopio de sus fuerzas—. Los hijos de puta nos han dejado vendidos. Ya sabía yo que no podíamos fiarnos de esos malnacidos de la Academia Richard. Habría sido mejor confiar en los de la escuela pública—. Su nombre era Cris, y, a pesar de su aspecto inocente, en situaciones de presión era un malhablado de los más comprometidos que he conocido nunca. Al menos, podía controlarse bien durante las actuaciones. Por cierto, él era el

último integrante del grupo de actuación que componíamos nosotros tres, siendo su papel el del chico del que se enamora la protagonista.

Tal vez podríais pensar que éramos pocos, y tendríais razón. En esta ocasión, las obras debían durar como máximo treinta minutos. Era un tiempo realmente breve, pero necesario, pues éramos muchos grupos los que se presentaban a aquel examen disfrazado de espectáculo.

Esa limitación mermaba bastante las posibilidades de representar un gran número de obras buenas más complejas. Y, claro, el hecho de que no tuviéramos músicos era un gran problema. En realidad, era una situación catastrófica. Veréis, aquella no sería una actuación de teatro convencional. Estábamos presentándonos como actores de cine, por lo que las obras estaban pensadas para imitar lo mejor posible una actuación de película, y nosotros teníamos que ocuparnos de todo. El grupo general se componía de productores, iluminadores, maquilladores, gente encargada de los efectos especiales..., músicos que se suponía que tendrían que tocar en directo a la vez que se representaba la obra. Los tres jóvenes, muertos de los nervios, que estábamos en esa sala solo éramos los actores. En mi opinión, los que se llevaban la peor parte cuando pasaba algo así.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Cris. No sabíamos cuándo nos darían luz verde para subir al escenario, podía suceder dentro de diez minutos, un minuto, diez segundos... El público había subido el volumen de sus murmullos, les estarían introduciendo a la actuación en esos mismos instantes.

—¿¡Cómo que qué vamos a hacer!?! —dijo Diana—. Vamos a salir, por supuesto. ¡Y va a salir genial! ¡Nos saldrá tres veces mejor de lo normal para compensar la falta de música!

Yo no sabía cómo decirle que probablemente me saliese tres veces peor, con suerte.

El público aplaudió con entusiasmo ante la presentación. Parecían eufóricos; la actuación anterior a la nuestra debió de ser muy buena, lo cual nos perjudicaba. Habrían dejado las expectativas demasiado altas.

—Joder, me cago en... —Cris se revolvió en el banco, intentando arreglar el desastre de maquillaje corrido por su cara debido a las lágrimas. Menos mal que no era mucho—. No puedo sentir los pies. Esto no va a salir bien.

—¡Cállate! —le espetó Diana—. No podemos pensar así o solo haremos el ridículo.

—Me han entrado ganas de ir al baño. Ahora vuelvo... —Se iba a marchar, cuando Diana lo agarró del brazo y tiró de él.

—Oh, nada de eso. Venga, que estamos a punto de salir.

En ese momento, un regidor del evento abrió la puerta que conducía al escenario para decirnos que ya podíamos pasar. A través de esa apertura, los sonidos provenientes de los espectadores se intensificaron como el fuego de una sartén al arrojar agua.

Pude leer el rostro del regidor, estaba pensando algo así como “espera, ¿solo estos tres?”. Me entraron náuseas, una sensación horrible de estar a punto de vomitar.

—¿Hay algún problema? —nos preguntó con un tono de preocupación al vernos tan alterados.

—¡Ningún problema! —afirmó Diana—. Ahora mismo salimos.

Ella tomó la delantera, apoyando un pie sobre el primer peldaño de las escaleras que subían al lateral del escenario. Las luces eran muy brillantes, pero por suerte la mayor parte del tiempo de la obra estas estarían apagadas.

Como ya dije, esto no era una actuación de teatro convencional. No actuaríamos todos a la vez, sino de uno en uno, simulando las diferentes escenas. Durante una película, era raro que vieres a todos los personajes en un mismo encuadre. Enfocas primero a uno, después a otro y así, construyendo los diferentes planos. En este caso, nuestros compañeros de iluminación jugarían con los focos situados en lo alto del escenario para alumbrar solo a quien correspondiera en cada momento, dejando lo demás en sombras.

Cris y yo nos miramos en cuanto Diana se giró hacia el escenario, subiendo los peldaños con decisión. Nosotros la seguimos por compromiso, pero de alguna forma estaba seguro de que, aunque no hubiésemos ido, ella habría salido igualmente y habría actuado en solitario, apañándose de alguna manera.

Los escalones se sintieron endebles, o tal vez fuesen mis piernas, que apenas podían sostener mi propio peso. Al fin salimos al escenario, en una pobre fila de tres marchando desde el lateral derecho. Si todo hubiese salido como debería, tendríamos que haber sido unos diez.

No miré al público, pues me quedaba escasa fuerza de voluntad. Sin embargo, me imaginaba lo que estarían pensando: “¿solo tres?, ¿dónde están los músicos?”.

Cruzamos el colosal plató hasta llegar al centro, lo cual se me hizo eterno. Allí había repartidos por la escena algunos muebles, una pared falsa con una ventana y, un poco más alejados, varios árboles de cartón piedra junto al chasis de un coche cubierto bajo un montón de sábanas.

El imponente telón de seda roja se alzaba por detrás, describiendo una frontera como una muralla ornamentada, con sus pliegues que descendían hasta el linde y sus florituras entrelazadas con dorado en la parte superior. Esta vez no empezaríamos la actuación ocultos tras él, ya que normalmente así es como comienzan las obras de teatro: se levanta el telón y los personajes ya están distribuidos por la escena. En este caso, se exigía ver en todo momento a los actores, para evaluar con qué facilidad o dificultad se colocaban y se metían en el papel. Ese procedimiento era relevante para los directores de cine que nos veían esa noche.

Los músicos se hubiesen acomodado en una serie de asientos abajo, en el foso de orquesta. Como ninguno se había presentado, el semicírculo de sillas quedó yermo, con el gigantesco piano de cola allí dispuesto, solitario y olvidado. También había algunos soportes con un violonchelo, una tuba y un arpa. Los instrumentos más pequeños iban a ser traídos por sus respectivos dueños, se suponía.

Suspiré, deteniéndome frente a un escritorio que simulaba estar hecho de madera maciza. Al empezar la obra, mi personaje, el señor K. L. George, el padre de la protagonista, estaba sentado en su oficina pasando hojas y hojas de intrincados informes legales y contratos.

Todavía no me había atrevido a mirar al público que tenía delante. Solo veía por el borde de mi visión una sala descomunal, con varios pisos y un aforo cuantioso. A pesar de los inconvenientes, aún confiaba en mí mismo de alguna manera. No obstante, casi

no había conocido *Amores de Medianoche* sin música, pues en los ensayos siempre la habíamos tenido presente. Puede no parecer para tanto, pero tenía una importancia extrema para marcar los tiempos, los cambios de plano bruscos y el tono de las escenas sobrestendidas.

Y, bueno, para mí lo era absolutamente todo. Mi confianza se derrumbó en cuanto apoyé las manos con frustración sobre el escritorio, lo cual me salió del alma, a pesar de que, por casualidad, casaba bien con la situación. Era creíble pensar que el señor George estaría hastiado de leer y releer interminables textos uno tras otro.

Noté cómo los chicos de producción se sobresaltaron, apuntándome de golpe con un foco y apagando todos los demás, dejando el escenario ensombrecido con una única luz iluminando mi personaje. Una pantalla gigantesca se encendió arriba de cara al público. En ella, se verían con un encuadre más cinematográfico cada uno de los planos a representar. La actuación acababa de comenzar, y yo la había iniciado sin querer. Deseo que mis compañeros estuviesen preparados.

Los comentarios de extrañeza surgieron entre nuestro grupo general. Nadie tenía ni idea de dónde se habían metido los músicos. ¿Nos habrían abandonado? Me costaba creerlo, ya que habían practicado junto a nosotros en varias ocasiones, pero parecía lo más probable. Las últimas veces habían puesto algunas excusas para no asistir a los ensayos, por lo que teníamos que poner la música con un ordenador, lo cual salía horriblemente mal. La capacidad de adaptarse a cada situación, a las posibles improvisaciones o cambios de tempo durante la obra era algo que una máquina no podía conseguir. Al final, terminaba por confundirnos más que ayudar.

¿Podría ser que alguno de los otros grupos concursantes les hubiese sobornado para que no vinieran? Pensar en ello me daba escalofríos. Incluso asistiendo a una escuela de prestigio, eran habituales entre las distintas casas los chanchullos y sabotajes. Aunque nosotros no pertenecíamos a ninguna importante... Bueno, tal vez por eso mismo nos quisiesen fuera.

Con las dos manos aún sobre el escritorio y todo el auditorio en pleno silencio, conté los cinco segundos más largos de mi vida, ya que eso era lo que estimé que duraba el sonido del violonchelo dando pie a mi turno de actuar. Entonces alcé la cabeza y miré directamente al público. Lo vi borroso, como si el hecho de intentar abarcar el panorama completo me nublase la vista. En ese instante, olvidé todo lo que tenía que decir.

Por suerte, en el bolsillo de mi traje sonó un teléfono móvil. Recordé con sudores fríos que debía atenderlo, que era parte de la obra. No me había dejado mi teléfono personal encendido sin querer (lo había dejado fuera, en la sala de preparación).

—Mmm, sí, sí —respondí la llamada tras carraspear un par de veces sobre mi puño—. Estoy esperándote, ¿dónde estás? —Puse mi mejor voz de hombre rico amargado, aunque me dio la sensación de que no sonó muy fuerte. La garganta se me trababa; no podía respirar bien. Mi corazón latía demasiado deprisa.

En esa escena estaba simulando hablar con mi hija, que me había contado que tenía algo importante que confesarme. Supongo que os haréis una idea de qué se trataba. La historia avanzaba rápido.



Continué la supuesta conversación, pues lo cierto es que estaba hablando en solitario, dando a entender lo que se decía en ambos sentidos de la llamada solo con mis palabras.

Me intenté tranquilizar cerrando los ojos y respirando con calma. Aprovechaba los momentos en los que mi personaje hacía lo mismo. Era capaz de fusionarme con él, de hacernos uno. Sentía que él se identificaba conmigo de la forma en la que yo me identificaba con él. Cada uno por sus propios motivos, sí, pero ambos estábamos agobiados.

De pronto el foco que me apuntaba se apagó, quedando mi figura invisible para el público. Vi cómo muchas miradas se apartaban al unísono junto con la cámara, para fijarse en el nuevo encuadre a unos pocos metros de distancia. Otras, simplemente se limitaron a observar la enorme pantalla. La luz ahora iluminaba a Diana, asomada a la falsa ventana abierta. Tenía un codo apoyado en el alfeizar y la mano del brazo contrario soportándole la barbilla. Suspiraba mientras simulaba contemplar un horizonte lejano, soñando con su amado y pensando en cómo iba a explicarle su relación con él a su padre.

Ella no necesitaba música para hacerlo de maravilla. Para mí, era la cosa más difícil del mundo. Los sonidos de los instrumentos me transformaban a la hora de actuar, como una metamorfosis extraña que me convertía en, palabras de mi mentor, un prodigio de las artes escénicas. Sin ellos, no era del todo yo. Aquel era mi talón de Aquiles. El silencio me vencía, carcomiéndome las ganas de actuar, de vivir, incluso.

Le saqué provecho a esos momentos en los que no se me veía en la escena repasando los consejos de mi mentor. “Imagina a tu público como amigos cercanos que solo vienen a verte para pasar un buen rato. No van a reírse ni burlarse de ti, pues ellos no conocen tu papel. Si te tropiezas y caes, ¿ha sido un error o parte de la actuación? Nunca podrían averiguarlo si te levantas y continúas con naturalidad. Y de la misma forma con cada imprevisto que suceda. Aprovéchalos, aprópiatelos”.

Podría reprocharle muchas malas pasadas a ese viejo, pero debía admitir que daba buenos consejos. Sin embargo, por mucho que me dijese que imaginase a aquellas personas como amigos, no podía pasar por alto la posibilidad de que entre ellos estuviesen los sabotadores de nuestra actuación, riéndose como sucias ratas.

En realidad, no nos estaba yendo tan mal. Diana y Cris podían actuar con decencia sin la necesidad de música, y yo era el personaje que menos participación tenía en la obra. El problema era que allí la gente importante no buscaba grupos mediocres, por lo que tendríamos que salir del paso como pudiésemos y abandonar nuestras esperanzas de entrar en la lista de algún director reconocido. Supuse que eso no le sentaría nada pero que nada bien a Diana en particular. Y, una vez más, sería culpa mía.

Pero no podía culparme. Lo más seguro es que, fuese quien fuese, el sabotador me conocía bien. Me había arrebatado la música porque sabía que de esa forma acabaría conmigo. Aquel había sido un ataque dirigido hacia mí personalmente, y yo acabaría arrastrando hacia el fracaso al grupo entero.

Una tremenda oscuridad me comenzó a asfixiar, mucho más profunda y lóbrega que las sombras del auditorio. De repente me costaba respirar, como si me hubiesen colocado una espesa máscara que se adhiriera a mi rostro, fundiéndose con mi piel.

Me imaginaba los sonidos de cada instrumento a medida que mis compañeros actuaban, sin poder evitar echarlos de menos constantemente. “Junto a aquel comentario cariñoso irían unas dulces notas del arpa; durante aquella ardiente mirada, un contundente violonchelo”. Así iba paso a paso intentando aprehender la musicalidad y el sentido de todos ellos.

Ya había pasado la mitad del tiempo, y la trama se acercaba al punto más elevado. Ahora debía hacer mi entrada furiosa, irrumpiendo en los aposentos de mi hija para pillarla en el acto con su amor prohibido.

No estaba preparado. Diablos, no lo estaba para nada. Me vibraba todo el cuerpo. Un miedo atroz me revolvía las entrañas y me dejaba incapacitado.

Di unos pasos hacia el espacio entre los cuatro muebles que simulaban el cuarto de mi hija. Ahí habría entrado la pesada tuba, retumbando en la estancia. Los focos se encendieron, siendo de los pocas escenas en las que se nos veía a los tres. Utilicé mis últimas fuerzas para pegar un pisotón que rugió sobre el escenario. Mi hija y su pareja me miraron aterrorizados, con los ojos saliéndose de sus órbitas. Sí que actuaban bien esos dos, ¿o sería de verdad?

Grité. Alcé tanto el tono que la garganta me escoció. Sentía que no podía vocalizar, muy sumergido en una piscina de espeso aceite. El público debió de quedarse pasmado.

—¿¡Qué creéis que hacéis!? —dije empleando un rebuscado aliento. No escuchaba nada más que mi propia voz, pero entonces me detuve. Mi mente se quedó en blanco, chasquéé la lengua y esboqué una cara de irritación que encajó genial en aquel momento. Aunque yo ya hacía rato que me había salido del personaje.

No sabía cómo continuar. Debía decir algo más. Yo era quien llevaba las riendas de esa escena, solo eso recordaba.

Estaba mal. Me asqueó la situación; mi propia incompetencia. Ahí debería haber ido un violín, una suave y melancólica melodía, acompañando el momento más triste de la obra. El padre se indignaba tanto que desheredaba a la hija, y esta, entre lágrimas, se fugaba con el chico para jamás regresar a su hogar. Si tan solo sonase aquel dichoso violín... Era lo único que necesitaba para despejar mi mente. Sería el oasis en el desierto, la valentía en una guerra perdida, la aceptación en el amor. Mi esperanza.

El violín comenzó a sonar.

Y la oscuridad se desvaneció.

¿Sería solo mi imaginación? ¿Mi mente había llegado a un punto de tanta tensión que se había empezado a inventar cosas? No, estaba sonando de verdad. Estaba seguro de ello, porque de pronto mis piernas cobraron fuerzas y recordé a la perfección mi parte de la actuación.

Primero pensé que el violinista de nuestro grupo había llegado y se había puesto a tocar, pero miré el semicírculo de sillas de abajo. No vi a nadie. El sonido venía de otro lugar. ¿Un ordenador? Imposible, se escuchaba demasiado cercano, profundamente cálido. Además, era capaz de adaptarse a mis cambios de ritmo, extendiéndose cuando yo me callaba y acelerando cuando iba más rápido de lo normal.

¡Diantres! ¡La persona que estuviese tocando debía de ser un absoluto genio! No entendí cómo es que era capaz de hacer solo con un violín todo lo que hacían los demás



instrumentos. Sin embargo, ahí estaban los graves y agudos, complementándose en una danza de pura pasión. Llegaba a alcanzar unas velocidades sofocantes, así como unos deslizamientos lentos y llenos de emoción. Los dedos se desplazaban con una inteligencia prodigiosa, deviniendo en cada cambio anímico de los personajes con un tono distinto.

Las notas alcanzaban los confines del auditorio, haciendo que todo el mundo se girase para mirar hacia el origen del sonido.

Esa era la música que buscaba, y al parecer venía desde algún lugar del público. Miré con disimulo a la muchedumbre, aprovechando la altura que me proporcionaba el escenario para vislumbrar a mi salvador.

La vi en ese instante, en una de las primeras filas. Era una chica de cabello negro corto, cubierta por un vestido de seda blanca que ondeaba con sus frenéticos movimientos. Tenía los ojos cerrados, concentrada al completo en el instrumento que sostenía sobre su hombro. Y estaba levantada, apoyando un pie en su asiento y el otro en el respaldo de la silla en la fila de delante, con la rodilla flexionada.

Me resultó una pose heroica, como la de un caballero de brillante armadura a punto de sacar una espada de la piedra. Aunque, el pobre hombre al que le había puesto el zapato encima de la calva no parecía muy contento.

Lo comprendí rápido. Aquella chica conocía la obra, pues no podría haber otra explicación para que supiese en qué momento iba cada pausa y cada diálogo. Había empezado a tocar por algún motivo, tal vez por pena o por querer ayudarnos. Fuere como fuere, era justo lo que necesitaba. Ella estaba tocando..., tocando para mí.

Por mi parte, era hora de demostrar por qué me había ganado la buena fama que tenía entre las más refinadas escuelas de teatro; el motivo por el que había llegado hasta allí.

Mi cuerpo absorbió la música para sí, como si se tratase de una energía electrificadora, energizante. Me desenvolví haciendo una serie de gestos milimétricamente calculados, hablando con una seriedad tan realista que hasta parecía que me había vuelto loco y de verdad creía ser mi personaje.

La chica misteriosa captó al vuelo la nueva atmósfera que causaba mi presencia, adaptándose sin ninguna traba ni duda. Lo hacía tan bien que daba la sensación de que el propio violín se enfadaba y entristecía, igual que un padre frustrado por no poder llevar a su hija por el camino que él considera correcto.

Proseguí hasta que llegó la parte de la huida. La luz me dejó de apuntar. Mi hija salió corriendo con su chico, saltando por la ventana y dirigiéndose hacia el chasis del coche cubierto de sábanas, situado a unos pocos metros de distancia. Durante esa escena, el violín se aceleró, marcando el pulso de los corazones de los personajes en carrera.

Esta era una situación difícil de representar, pues Diana y Cris tuvieron que meterse dentro del vehículo, donde no se les veía desde fuera. El público levantó la vista hacia la enorme pantalla. Allí se veía la grabación de una cámara que había en el interior del chasis. De esa forma, actuaron sin poder contemplar a sus espectadores, como en una verdadera película. La música casi remitió, permitiendo que se escuchasen mejor sus voces por los micrófonos.

Inhalé y exhalé, calmado pero con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Nuestra actuación estaba ya por terminar, y yo no tenía que hacer nada más. Mi trabajo había acabado.

Miré de nuevo al público, y ella seguía allí de pie con su violín. Tardé en darme cuenta de que, a pesar de que los focos no me estaban apuntando en ese momento, algunos de los espectadores todavía tenían puestos los ojos en mí, boquiabiertos. Me pillaron sorprendiéndome, ¿tan bien acababa de actuar?

Muchos otros todavía se veían encantados por la chica del violín, ofreciéndole la mano y mirándola con asombro. Esta les respondió con una encantadora sonrisa y siguió tocando con suavidad. Me fijé en que no había venido sola, todo su grupo ocupaba la fila de asientos en la que ella estaba. Era una participante más de aquella prueba de actuaciones: una rival. ¿Por qué nos ayudaba? Pensé en ir a buscarla más tarde para agradecerle. Yo no lo hubiese hecho así de bien ni en una décima parte si no hubiese sido por ella.

La obra finalizó con un apasionado beso de los protagonistas. Diana y Cris no eran pareja en la realidad, pero eso no les impidió darse un buen morreo juntando los labios.

La violinista realizó un solo precioso para rematar la historia. Los tres actores nos colocamos al frente del escenario, ya con todas las luces encendidas. Luego fueron viniendo todos los miembros de nuestro grupo general. Saludamos juntos con una prolongada reverencia, ganándonos muchos más aplausos de los que jamás hubiese esperado. Aunque imagino que no solo nos estaban aplaudiendo a nosotros. La chica también hizo un saludo desde su sitio entre el público, nos miró sonriendo y, estoy casi seguro, me dedicó una mirada ardiente que me hizo tragar saliva.

Luego la chica se sentó en su sitio y guardó su violín en el estuche como si tal cosa. Las personas que venían con ella le hablaron. Deduje, por sus expresiones divertidas y amigables, que la estaban felicitando.

Salimos a prisa del escenario siguiendo a Diana, entrando en la sala de preparación junto a las montañas de ropa arrugada. Se respiraba un aire diferente allí ahora que todo había terminado, tan pacífico... excepto por un detalle. Diana estaba encolerizada.

—¿¡Cómo se atreve esa puta a quitarnos todo el protagonismo en nuestra propia obra!?

—Por favor... Ella solo nos ha ayudado —dije intentando convencerla.

—¡Es una egocéntrica! ¡Nos ha opacado la actuación!

—Yo creo que solo nos ha complementado.

Diana desvió la mirada y se dirigió a la puerta, con un rostro irritado.

—¡Me voy al baño! —Cerró con un portazo.

No hubo manera.

Yo fui a quitarme el maquillaje de la cara con un poco de agua del grifo. Se me fueron cayendo las arrugas de viejo hasta dejar mi piel lisa. Me sentí como si estuviese descubriendo un nuevo producto milagroso para el rejuvenecimiento. Ojalá fuese así de fácil. Me haría millonario en pocos días.

Entonces, salí corriendo por los pasillos del pabellón. Busqué a la chica del violín por todas partes sin éxito alguno. Luego supuse que lo más seguro era que se hubiese quedado a ver el resto de actuaciones. Quedaban dos más, así que esperé una larga hora

a las puertas del auditorio. Desde fuera escuché la música de las actuaciones. Al parecer solo nos había fallado a nosotros. Tendría que investigar más tarde qué había sucedido exactamente.

La gente comenzó a salir, y al rato la vi a ella pasar junto a su grupo de amigos e, intuí, compañeros de actuación. Me vio. Yo me quedé muy quieto, como asustado por reunirme con ella rodeado por otras personas que no conocía de nada. Aunque, a la chica tampoco la conocía en realidad, pero ya sentía que habíamos compartido vivencias de sobra.

Ella se me acercó, deslizándose desapercibida entre la tromba de gente que salía por las puertas. Venía hacia mí, y venía en solitario.

—Hola —me dijo. Sus manos las llevaba a la espalda.

—Hola.

Fue todavía más incómodo de lo que había anticipado.

Nos acabamos sentando en unos sillones que estaban por allí. Ella no paraba de estudiarme con la mirada, como si yo fuese una intrincada obra de arte. Perdón por tirarme flores.

—Te llamas Paolo, ¿cierto?

—Sí. —La miré sorprendido—. ¿Cómo lo sabes?

—No hay persona en este país, con relación a las artes escénicas y al menos un poco de interés por la competencia, que no te conozca.

—Vaya, no sabía que era tan conocido.

—Pues sí que lo eres. Un prodigio entre prodigios, pero solo a veces. Cuando la música está de tu parte.

Me ruboricé un poco ante aquel comentario.

—Alguien que no puede concentrarse actuando solo porque no haya música no puede considerarse un buen profesional —dije muy a mi pesar—. Ya ha habido ocasiones en las que lo he echado todo a perder precisamente por eso.

—¿Y puedo... preguntar por qué?

—¿Qué?

—Preguntar por qué te ocurre eso. Quiero decir, es una verdadera pena que tengas esa limitación.

Hubo un breve silencio hasta que por fin me decidí a responder.

—Bueno, cuando yo era pequeño tuve un gran dilema. Mi padre era un gran actor de cine, y mi madre era música. De hecho, tocaba el violín igual que tú.

Ella sonrió.

—Mmm, me encantaría conocerla. ¿Y qué sucedió? ¿Cada uno intentó convencerte de que te dedicases a lo suyo?

—Sí, pero no intentaron convencerme con palabras, sino demostrándome la belleza de ambas artes cada día. Lo cual lo volvía una decisión aún más difícil.

—Ya me lo imagino. —Extendió los brazos hacia arriba, estirándolos—. Y entonces fue cuando decidiste seguir el camino incorrecto.

Yo bufé de la risa.

—Lo intenté con el violín, pero no era muy bueno. Tú, sin embargo... —Me detuve un segundo, no sabía cómo expresarme—. Eres increíble. Jamás había escuchado a

alguien tan bueno tocando. Me hiciste soltar lastres durante mi actuación. Tenía la cabeza embotada de tantos malos pensamientos, pero tú hiciste que se fueran. Y solo quería decirte que..., bueno..., esto... gracias.

Volvió a sonreír, y cada sonrisa de ella la notaba más cálida que la anterior. Mi corazón se estremecía. Sentía bichitos en el estómago.

—Había escuchado los rumores sobre ti y quería saber si eran ciertos. Como vi que no teníais músicos, me dispuse a experimentar.

—Así que solo estabas probándome.

—Básicamente.

—Por alguna casualidad, ¿conoces a músicos de la Academia Musical Richard? —me aventuré a preguntar.

—Claro, voy a veces a estudiar allí.

Tenía sentido. Todos los grandes músicos del país iban a tocar a ese lugar alguna vez en su vida.

—Nuestros músicos eran de esa escuela, pero no se presentaron hoy. Nos abandonaron.

La chica no pareció sorprenderse, pero sí arrugó el entrecejo.

—Ah. Habrá sido algún chanchullo, supongo. La gente de allí es muy rara, demasiado confiada a veces.

—Sospecho que alguien les pagó para que no vinieran.

—Podría ser, no me impactaría. —Los dos nos quedamos callados unos segundos—. Por cierto, no respondiste a la pregunta. Me muero de curiosidad. ¿Por qué dependes tanto de la música para actuar?

No hablé al momento. Buscarle una respuesta a aquella pregunta era angustioso.

—Mi madre murió hace unos años. Y su despedida significó el silencio, tanto para mí como para mi padre que me ha traído hasta aquí. Desde entonces, siempre que hay silencio mi mente recuerda la tristeza y me deprime.

La chica se sonrojó al instante.

—Vaya, ¡lo siento! —se disculpó muy arrepentida. Me dio la impresión de que hasta iba a tirarse al suelo—. Lo que dije antes... Perdón por ponerte a prueba, nunca quise jugar con tu sufrimiento.

Esta vez fui yo el que le sonrió a ella.

—No. Me has hecho sentir genial. Necesitaba esto; la sorpresa, la música viniendo a rescatarme cuando ya lo daba todo por perdido.

—Cloe, ¿qué haces aquí? —dijo una voz a escasos metros de distancia. Era uno de los compañeros de ella—. Venga, te estamos esperando. —La agarró del brazo y la llevó con él.

¿Sería su pareja?

—Adiós —me dijo Cloe, perdiéndose entre la multitud.

—Adiós.

